

UN DÍA A LOS TIROS: ACCESO Y CONFIANZA EN UNA INVESTIGACIÓN SOBRE POLICÍAS

UN DÍA A LOS TIROS: ACCESS AND TRUST IN A POLICE INVESTIGATION

Tomás Bover
Dr. en Antropología Social (Idaes/UNSAM)
CONICET - LECYS (FTS/UNLP) - GEPyFS (IDES/UNQ).
tomasbover@gmail.com¹

RESUMEN

En este artículo reflexiono sobre las estrategias de acceso al trabajo de campo y la producción de vínculos de confianza con miembros de instituciones policiales, caracterizadas como opacas y de difícil acceso. Lo que intento aquí es revisar qué nos informan nuestros recorridos en el trabajo de campo sobre estas características de las fuerzas de seguridad y qué nos dicen sobre los modos en que accedemos al trabajo de campo. En este sentido, a partir de la experiencia de aprendizaje de tiro policial, indago sobre el tipo de información que se produce en situaciones como esta y sobre cómo habilitan para el tratamiento de temas previamente inaccesibles.

Palabras clave: Trabajo de campo – Acceso – Confianza - Policía

ABSTRACT

In this article I reflect on the strategies for access to field work and the production of bonds of trust with members of police institutions, characterized as opaque and difficult to access. I review what our tours in the field work tell us about these characteristics of the security forces and what they tell us about the ways in which we access the field work. In this sense, based on the experience of learning police shooting, I inquire about the type of information that is produced in situations like this and how they enable the treatment of previously inaccessible topics.

1 Artículo recibido en septiembre de 2019; aceptado: diciembre de 2019.

Keywords: Field work - Access - Trust - Police

INTRODUCCIÓN

En la literatura científica sobre instituciones policiales, estas han sido interpretadas como un campo de difícil acceso (Durão, 2016; Fassin, 2016; Sozzo, 2002; Hathazy, 2010). Las dificultades que se presentan para realizar observación en espacios de actividad policial residen en factores propios de las instituciones policiales (Sirimarco, 2010; Hathazy, 2010; Sozzo, 2002), pero también del mundo académico (Fassin, 2016; Frederic, 2008; Calandrón, 2014; Lorenz, 2017).

En este artículo propongo, en primer lugar, reponer algunas de las reflexiones que se han producido sobre el trabajo de campo² en Fuerzas de Seguridad (en adelante FS) considerando cuestiones como la accesibilidad y el establecimiento de confianza. En segunda instancia, a partir de la investigación sobre trayectorias sociales de policías, estudiando los procesos de producción de agentes sociales en fuerzas de seguridad, presento y analizo mi experiencia personal en el acceso al trabajo de campo. Puntualmente, propongo indagar sobre cómo incidió el aprendizaje de tiro policial para “destrabar” la confianza y habilitar las conversaciones sobre los enfrentamientos armados y las muertes asociadas a esto.

LA IMPORTANCIA DE LOS RECORRIDOS

En 2008 inicié el trabajo de campo en la Policía de la Provincia de Buenos Aires. A pesar de conocer a varias personas que se encontraban trabajando como funcionarios en el Ministerio de Seguridad no fue posible acceder a escuelas de formación ni a espacios operativos. Hasta el año 2011, el trabajo de campo fue realizado exclusivamente a partir de entrevistas y observaciones de ceremonias y actos públicos. Fue entonces que se produjo la creación del Ministerio de Seguridad de la Nación y el nombramiento de Nilda Garré a cargo de dicho ministerio. En ese contexto, un grupo de investigadores fuimos convocados para trabajar, con la coordinación de la Dra. Sabina Frederic, en un convenio entre la Universidad de Quilmes y el Ministerio de Seguridad para investigar la formación policial. Se inicia así un período de trabajo de campo en escuelas y comisarías de la Policía Federal Argentina, primero, y Gendarmería Nacional luego. Este acceso a otras instituciones permitió generar una red de contactos que haría viable la posterior investigación correspondiente a mi tesis doctoral. En este artículo me interesa reflexionar sobre algunas de las experiencias que allí tuvieron lugar.

Relato brevemente el trabajo de campo siguiendo la propuesta de Mariana Sirimarco, quien resalta la existencia de recorridos peculiares de los investigadores que “no solo nos brindan datos sobre el recorrido en sí, sino también sobre el terreno mismo que propició, allanó entorpeció o volvió inaccesible, con sus particularidades y características la forma que tomó ese recorrido” (Sirimarco, 2010: 11). Estos trayectos y sus peculiaridades pueden pensarse entonces como las estrategias que han desarrollado los distintos

² Para una discusión más acabada sobre el rol del investigador en el trabajo de campo en antropología y otras ciencias sociales ver: Malinowski, 1995; Merton, 1947; Firth, 1989 y Guber, 2001 (entre otros).

investigadores para lograr el acceso, pero también, según la propuesta de Hathazy³, para saber lo que los obstáculos y caminos atravesados nos dicen sobre las instituciones que investigamos.

OBSTÁCULOS INSTITUCIONALES Y ACADÉMICOS

Tanto los trabajos pioneros locales, como los que fueron realizados en otros países, coinciden en señalar las dificultades de acceso al trabajo de campo distinguiendo, por un lado, entre aquellas inherentes a las instituciones policiales, calificadas como cerradas, opacas, herméticas, resistentes a la investigación o autónomas entre otras formas. Por otro lado, también se han señalado las características propias de los ámbitos académicos y sus particularidades para configurar a la policía como objeto de estudio y a los policías como interlocutores.

El primer grupo de reflexiones no es exclusivo de nuestro país. Didier Fassin da cuenta de una serie de inconvenientes en su investigación sobre el accionar policial en periferias urbanas francesas, indicando cómo un acceso inicial se obturó con la asunción de un nuevo ministro del Interior a cargo de la unidad que se encontraba investigando (Fassin, 2016). Del mismo modo, autores locales coinciden al señalar una serie de características de las FS que las hacen reactivas a su estudio. Podemos mencionar entre estos autores a Sabina Frederic (2008), Mariana Sirimarco (2010), Mariana Galvani (2016), Sabrina Calandrón (2014), Máximo Sozzo (2002), Marcelo Saín (2008), Paul Hathazy (2010) y otros. A pesar de esa consideración todos ellos han logrado acceder a las fuerzas para su estudio. En este artículo me interesa, siguiendo algunos de estos planteos, pensar qué nos dicen esos obstáculos sobre el campo, sobre nosotros mismos o, mejor dicho, sobre los modos en que lo investigamos, sobre el tipo de información a la que accedemos y sobre los espacios de producción de conocimiento a los que pertenecemos.

Retomo aquí la perspectiva de Mariana Galvani, quien reconoce en el celo o la identidad policial condiciones que obturan la posibilidad de realizar trabajo de campo, pero, sin embargo, propone que su opacidad no se relaciona linealmente con las dificultades de acceso al campo. Sino que hace parte de su definición como objeto de estudio toda vez que “un objeto de investigación no es algo dado, sino que implica en sí mismo una construcción” y propone considerar “qué tipo de mirada y prejuicio se pone en escena desde cada uno de los abordajes que pretenden trabajar sobre la Policía Federal Argentina”. (Galvani, 2016:16). Otros autores también han puesto el eje en esta segunda dimensión en la que el acceso al campo no se debe exclusivamente a condiciones y características de las FS, sino a las miradas y prejuicios de los investigadores en el abordaje de este campo (Frederic, 2008; Sirimarco, 2010; Calandrón, 2014; Fassin, 2016; Hathazy, 2010). Lo que muchas veces no queda claro es, si caracterizamos de ese modo a las FS: ¿cómo logramos vencer ciertas barreras de acceso? Una vez “adentro”, ¿cómo tratamos algunos temas tabú o secretos? Reponiendo la pregunta de Mariana Sirimarco: “¿Qué hace (concretamente) el cientista social cuando investiga (a la policía)?”. (Sirimarco, 2010).

3 Paul Hathazy retoma y discute la caracterización realizada por Sozzo sobre la opacidad policial: se centra en lo que los obstáculos y oposiciones de la institución para dar acceso a datos sobre las prácticas nos permite reflexionar sobre el acceso y los recorridos de investigación (Hathazy, 2010). Para analizar la cuestión de la sospecha sobre el trabajo de campo antropológico ver Zenobi (2010).

UNA VEZ “ADENTRO”

Durante el trabajo de campo es difícil distinguir entre obstáculos que tienen que ver con las condiciones del medio a estudiar y aquellos vinculados con nuestra propia construcción de las dificultades: ¿construimos al obstáculo a partir de una percepción de ciertos datos como el verdadero campo?

Si el campo no está en otra parte que allí donde logramos acceder, el acceso no tiene que ver, únicamente, con “hasta dónde uno llega”, sino con las posiciones que uno ocupa en ese campo. Según Briggs: “el contexto [y el campo, agregó] deben ser pensados como marcos interpretativos construidos por los participantes en el curso de su discurso, no está dado a priori, antes que los eventos sucedan” (Briggs, 1986). Desde esta perspectiva, el campo no es un espacio al cual se acceda, sino el producto de una construcción entre agentes sociales que se crea a partir de interacciones marcadas por la situación. Nuestros intereses construyen campo y el campo no es otra cosa que aquello a lo que efectivamente accedemos.

Un obstáculo usual deviene de una idea según la que, si uno no accede a determinados espacios, datos, personas o información, uno no “está” verdaderamente en el campo. Su efecto es un permanente descontento con la información a la que uno accede (Frederic, 2000) y la creencia que hay algo “más allá”, bajo la forma de secretos por develar para acceder a lo que realmente vale la pena conocer. La percepción toma la forma de estar llegando a la periferia de algo que es más importante, pero que nunca llegamos a ver, o, por ejemplo, de habernos perdido de un evento particularmente revelador. Otra perspectiva, nos permite pensar que “el campo” no es algo que está ahí previamente sino lo que se construye en una serie de interacciones, el campo es aquello a lo que accedemos, no es otra cosa que lo que podemos “ensamblar” en aquellas interacciones. Puede ser pensado como un marco interpretativo que construimos en la participación mutua con los actores, es lo que sucede en esta relación y a partir de ella generamos información. Entonces, pensar el campo como opaco o la institución como cerrada remite a una perspectiva desde la cual es algo que “está ahí afuera” a lo que uno accede y sobre lo que uno tiene restricciones. Desde ese punto de vista sería un lugar donde la información está clasificada a priori como importante in-visibilizando las estrategias metodológicas que podemos establecer para trabajar. Pero, además, implicaría que uno conoce y establece prioridades previas a la experiencia misma en el campo.

Lo que interesa a continuación es reflexionar sobre los efectos imprevistos, de acceso y de “apertura” que pueden producirse durante el trabajo de campo, a partir de aprender a disparar armas de fuego en una escuela de formación policial.

DISPARAR LA CONFIANZA

Ellos me exigieron que experimentara por cuenta de mi persona (y no por cuenta de la ciencia) los efectos reales de esa red particular de comunicación humana en la que consiste la brujería. En otras palabras: ellos querían que yo acepte entrar allí como socia y que comprometiera allí los desafíos de mi existencia de entonces. Inicialmente no paré de oscilar entre dos dificultades: si “participaba”, el trabajo de campo se convertiría en una aventura

personal, es decir, lo contrario de un trabajo; pero si trataba de “observar”, lo que significaba mantenerme a distancia, no tendría nada para “observar”. En el primer caso, mi proyecto científico se vería amenazado, pero en el segundo estaba arruinado. (Favret-Saada, en: Zapata y Genovesi, 2013)

Me interesa retomar la experiencia de “aprender a tirar” por dos razones. La primera, porque la interpreto como un “rito de pasaje” en el trabajo de campo: ir al polígono con instructores de tiro policial se convirtió en una instancia de diálogo y mutuo conocimiento, permitió establecer una relación “discipular”, de enseñanza-aprendizaje, donde reconociera a otros como portadores de un saber y una experiencia cuya transmisión inauguró temas de conversación hasta entonces inaccesibles. La segunda cuestión es comprender qué “nos dice” la experiencia de disparar en un polígono sobre las formas de aprender y de comunicarse en la instrucción policial: “tirar” en una escuela de formación y guiado por un instructor de tiro policial nos permite pensar, por ejemplo, la relación entre la palabra, los cuerpos y la incorporación de ciertos saberes. Lo central de ese proceso será dar cuenta de cómo esta situación produjo relaciones de confianza y complicidad con los presentes. Para esto, a continuación retomo las notas del cuaderno de campo:

“Ese día, después de anunciarme en la oficina de guardia se acerca Tomillo, instructor recientemente incorporado a la escuela, para recibirme. Buscamos juntos a Gutiérrez, quien lleva varios años en la misma función y, después de una breve charla atravesando el patio, entramos a la armería: a su entrada hay un escritorio con varios cuadernos. En el fondo, detrás de las rejas, se ven las paredes cubiertas de armas y en el medio hay una especie de soporte donde están apoyados en fila todos los fusiles. Gutiérrez saludó al armero, me lo presentó y le dijo que tengo autorización para tirar. El armero indicó que nos vamos a llevar tres “Bersa”, 300 municiones, diez cargadores, protectores visuales y auditivos, Gutiérrez le preguntó si tiene unos blancos y en cuáles libros tiene que dejar el registro, el armero abrió uno de ellos y le señaló dónde firmar. Mencionó que nos está dando tres (pistolas) “Bersa” nuevas, que todavía no fueron disparadas y Gutiérrez le pidió que mejor nos dé dos nuevas y una usada “para que no estén tan duras”. El armero fue poniendo las armas, los cargadores y las cajas con municiones en un viejo cajón de madera que posee un parante para llevarlo colgado. Ver esa cantidad de armas era inusual, nunca había pisado una armería y me sorprendió que estuvieran custodiadas y gestionadas por una única persona.

Salimos por el pasillo donde están las puertas del comedor, la cocina y bajamos al polígono. A la entrada hay una escalinata de cemento donde los aspirantes se sientan mientras esperan su turno para tirar. Al costado hay una pequeña mesa donde Tomillo apoyó el cajón con el armamento. Las pedanas son 4 y cada una de ellas tiene, a su derecha, un cajón fijo donde iremos apoyando los cargadores y donde se deja el arma después de disparar. Gutiérrez indicó que vayamos poniéndole balas a los cargadores, tenemos que poner 5 balas a dos de ellos y al resto 10. Explica qué es una

“9 milímetros larga”: “9 quiere decir cuál es el calibre del proyectil y 19 es la medida del casquillo, también existen las 9 cortas que tienen 16 o 17 milímetros de casquillo, por lo tanto, menos pólvora”. Vamos separando las municiones de a grupos de a 10 sobre la mesa y poniéndolas en cargadores que quedan acomodados sobre esta. Tomillo dijo que él aprovecha también a tirar; le pregunté si tira seguido y me dice que no, que a lo sumo lo mandaban a tirar 3 veces al año y que estando destinado en la escuela hace meses, todavía no pudo “bajar” al polígono.

Gutiérrez mencionó que me enseñaría lo que los aspirantes ven durante las primeras semanas de instrucción antes de empezar a tirar. Comenzó con algo que yo ya había escuchado en la escuela de cadetes: para que no haya ningún inconveniente no tienen que encontrarse tres “factores”: el arma, el cargador y el tirador, sino en la pedana de tiro y con la supervisión del instructor. Indicó normas básicas de seguridad: lo primero, es seguir absolutamente todo lo que diga, pero nunca abandonar las posiciones que va a enseñar que son las que van a dar seguridad a los que me rodean. “Vos te vas a acercar a la zona de disparo dónde vas a tomar el arma, vas a mantener la posición de seguridad que es esta (tomó el arma con ambas manos y se la lleva apuntando hacia adelante hasta la boca del estómago observándola desde arriba) “esta es la posición en la cual podés observar la recámara y saber si tiene munición y en caso de que ocurra un disparo salga hacia adelante, ¿entendiste?”, respondí que sí y siguió. “Bueno, mirá bien el arma, es una Bersa Thunder 9 mm. Acá importa lo siguiente: en el lado izquierdo vas a encontrar tres dispositivos. El de más atrás sirve para desmontar el martillo sin que dispare, el que está más adelante se acciona una vez puesto el cargador y es el que deja el arma lista para disparar. Cuando alguien te habla, o pase lo que pase, nunca abandonás la posición de seguridad sin seguir todos los pasos. Primero tenés que abandonar la posición de tiro y traer el arma a la posición de seguridad, donde ves que no haya munición en recámara, después apretás este botón con la mano izquierda y extraes el cargador; te fijás de que no haya munición, decís bien fuerte “¡libre!” y lo ponés sobre tu hombro para que yo también lo vea, verifique y diga “¡libre!”. Apoyás el cargador en el cajón y pasamos a verificar la recámara, me decís si está libre de proyectil y recién ahí apoyás el arma en el cajón. Ahí esperás para moverte que yo diga “alto el fuego” y que tu compañero conteste bien alto lo mismo”. Toda esta explicación duró alrededor de tres minutos, por lo que precisé repetirle lo que dijo para ratificar que había entendido bien. Luego indica que me ponga la protección auditiva y visual, porque las vainas salen muy calientes de la pistola y rebotan en la pedana.

Nos acercamos a los porta-blancos y pegamos los blancos que trajimos de la armería. Son unas siluetas humanas negras con el fondo blanco, la sombra tiene un brazo extendido y otro en un bolsillo como si estuviera sacando un arma, son angostas, tienen unas líneas con números que indican zonas donde el disparo es más certero que en otras (pecho y cabeza dicen 5, brazos 4 y otras

partes 2 o 0). Terminamos de pegarlos y volvemos hacia la pedana, apoya ahí un arma para mí, deja uno de los cargadores de 5 balas apoyado y se sitúa detrás mío: “Yo voy a estar acá acompañándote, vos escuchá todo lo que te digo y cuando digo “¡Fuego libre!” vos repetís lo mismo en voz alta, llevá los brazos arriba, no me mires a mí, solo escuchame. Agarrá bien fuerte la empuñadura, así, hay que coincidir el “talón” de ambas manos. Hay que llevar los brazos a la altura de la vista y llenar el pecho de aire, mientras se expira hay que acompañar ese movimiento con el dedo índice haciendo el recorrido muerto del disparador. Al momento de disparar, tienen que coincidir apnea y disparo. La fuerza de los brazos se hace casi exclusivamente con el izquierdo mientras el derecho solo se ocupa del disparador”. Se pone detrás mío y apoya su mano sobre mi hombro, envolviéndolo, lo sostiene (me sostiene) firme acompañándome y dice: “Vamos, “¡fuego libre!”, “¡fuego libre!” responde Tomillo en la pedana de al lado y hace su primer disparo llenando el silencio con un estruendo. “Mi instructor” se acerca a mi oreja y dice: “Llevá la pistola a la posición de seguridad”, lo hago, “poné el cargador y accioná el seguro”, ya está, llevo las manos a la altura de la vista. Me dice que tome aire y no me apure. Largo el aire y al finalizar, disparo. Escucho a Gutiérrez decir: “Centro”. El disparo fue un fognazo que salió de la punta del cañón mientras la pistola se levantaba con bastante fuerza venciendo la resistencia de mi mano derecha. Repito la operación 4 veces más. Termino el cargador y me dice que traiga la pistola a posición de seguridad, liberé el cargador y lo miré, se lo mostré sobre el hombro y lo apoyé en el cajón de la derecha. Verifico la recámara y apoyo el arma también. Aprieta mi hombro y lo sacude indicándome que alivie la tensión de mi cuerpo y grita: “Alto el fuego”, lo mismo repite Pablo. Dice: “vamos” y me lleva hasta el blanco. Todos mis disparos entraron en la silueta a la altura del pecho y dos de ellos están más corridos a la izquierda. Ambos dicen que está muy bien y me tranquilizan porque me vieron muy tenso, estaba temeroso, no del uso del arma sino de “dar vergüenza” con mi desempeño. Me dice que volvamos a tirar y antes pega unas cintas de papel sobre los agujeros para reconocer los próximos disparos.

Vuelvo a la posición, coloco las protecciones y Gutiérrez pone su mano en mi hombro de nuevo, antes de tirar me hace otra corrección: “Tenés que tirar el cuerpo más hacia adelante, porque si estás en un enfrentamiento y tenés que avanzar esa es la posición con la cual vas a poder caminar hacia el oponente más rápido sin caerte”, mientras me empuja el torso unos centímetros y quedo levemente inclinado. Recién en este momento me doy cuenta de que la situación se trata de una “clase” de tiro policial y no con fines recreativos; no estamos pensando en dispararle a un blanco sino en cómo aprender y enseñar a tirarle a alguien que a su vez nos estaría disparando y sobre quien hay que avanzar. Cuando pusimos los blancos y cuando tiré no le di importancia a que fuera una figura humana, pero este gesto le dio otro valor a lo que había enfrente, como lo haría después de que sacara el blanco y lo superpusiera sobre su cuerpo, mostrándome lo angosto que era con respecto a su

torso. Esta superposición me conmovió e hizo que pensara en que todos esos orificios podrían estar en el cuerpo de alguien. Volviendo a la posición inicial repetí las operaciones, concentrándome en la respiración, tiré y escuché que algunas veces dijo “centro”. Repetimos la operación de acercarnos, mirar los disparos, poner la cinta, ponernos las protecciones, adoptar la posición y tomar el arma. Cargarla, disparar hasta vaciarla, ahora con 10 municiones.

Para el final de varias sesiones ya había tirado unas 80 balas. Cada vez que nos acercábamos a la silueta mi instructor miraba de reojo la que estaba del lado del otro tirador, Tomillo, con cierto disgusto: él erraba muchos tiros y cada vez practicaba una excusa distinta, que estaba apuntando fino, que tiraba con una técnica más realista o que en realidad a él nunca le había tocado disparar en la calle y además que no le gustaban las armas. Gutiérrez comentó que tengo “condiciones naturales para disparar y que con la práctica voy a aprender rápido”, luego me diría que es la primera vez que dejan tirar a un “civil” y que está convencido de que voy a seguir tirando más adelante y a tener oportunidad de ir mejorando mi técnica.

Mientras colocábamos nuevamente balas en el cargador, me comentó que cuando hay un enfrentamiento y alguien muere, el policía debe entregar su arma como prueba y se la cambian. Pregunté si a él se la han cambiado por otra y si había tenido enfrentamientos y me dijo que sí, que él sí, a diferencia de su compañero, tuvo varios enfrentamientos con uso de armas de fuego, que “el último fue estando de civil y en la puerta de mi casa”. Pregunté: “¿qué pasó?”, y responde: “y... estaba saliendo de mi casa con mi nenita de dos años, yo tenía un VW Polo y la estaba poniendo en la sillita y cuando salgo del auto se me vienen tres negros y empiezan: “eh guacho, dame el auto y dame todo porque te quemo guacho” [dice imitando otra voz] él les dijo: “Pará, yo te doy las llaves, te doy todo, pero dejame sacar a la nena y te lo llevás”; “eh, qué sacar a la nena?”, respondieron, y ahí les dije “bueno”, y amagué a darles la llave pero cerré con la alarma, saqué el arma y a este [me hace la seña de una de las personas que le estaba robando que estaría cerca] le tiré en el pecho y ahí forcejeé con el otro por el arma y le di un tiro en el hombro mientras el tercero huía”

Lo escuchaba, sorprendido y nervioso, sosteniendo un arma en mi mano así que la apoyé en el cajón y seguimos hablando. Comentó que a él no le dijeron más nada, “porque no te cuentan qué pasó con los tipos” que fue a una fiscalía a declarar y no le dieron más información pero que averiguó “por su cuenta”: al que le tiró en el pecho “se murió” en el hospital. A causa de ese enfrentamiento, tuvo que mudarse por miedo a que algún familiar o amigo del fallecido fuera a buscarlo y que tenía miedo por él, su mujer y su hija, así que se fueron. Hasta entonces nunca alguien me había contado que mató a otra persona.

Terminó de contarle y todavía nos quedaba un cargador así que repetimos las operaciones y disparé las últimas balas, ya cansado y aún nervioso por la conversación. Gutiérrez me dijo que “no quememos municiones al pedo porque ya estás cansado y te tiembla

todo, no tiene sentido, la próxima seguís practicando”. Salimos del polígono y le dijo a Tomillo -que tiene una jerarquía menor a la suya- que se quede acomodando las cosas y que llame a los aspirantes para que barran los casquillos que quedaron desparramados en el suelo. Nos vamos al casino a tomar un café.

Durante el café charlamos con otros instructores y cuenta que en una ocasión se volvió de las vacaciones “porque me mataron un pibe, uno que había sido aspirante mío murió a los meses de salir y eso me partió la cabeza. Yo siempre les digo que les voy a enseñar a que se cuiden y cuiden a otros porque no quiero que terminen ni muertos ni presos”. Siguió comentándome de cuando tuvieron que mudarse por el enfrentamiento en la puerta de su casa y cómo su mujer “lo banca” y le dije que imagino que debe ser difícil, a lo que respondió que ya está acostumbrada. Reconoce que es insoportable, que la mujer lo frena, porque no para de darle consejos sobre cómo cuidarse en la calle y todo lo que tiene que hacer”.

Los días sucesivos y el tiempo que duró el trabajo de campo en esa escuela, la muerte de, y en manos de policías serían un tema que se volvería corriente con él y con otros miembros de la fuerza que sabían de un investigador al que “le gustaba” tirar.

REFLEXIONES FINALES: SER AFECTADO

No toda la información que se produce en el trabajo de campo es voluntaria ni intencional, por lo tanto, me interesó mostrar de qué modo la opacidad policial como acceso al campo, puede ser un obstáculo que se supere a partir de determinadas operaciones metodológicas planificadas, pero también cómo hay otros tipos de información a los que se accede no sólo observando o participando sino siendo “afectado” por la situación y haciendo de la propia experiencia una fuente de información. La autora que inicia el apartado nos propone que:

“En las etnografías estas situaciones, banales y recurrentes, de comunicación involuntaria y desprovista de intencionalidad, nunca son analizadas como lo que son: la “información” que estas situaciones aportan al etnógrafo son plasmadas en el texto, pero sin ninguna referencia a la intensidad afectiva que las acompañan en la realidad. Esta “información”, a su vez, se coloca al mismo nivel que la otra información, la que surgió de la comunicación voluntaria e intencional”. (Favret Saada, en: Zapata y Genovesi, 2013)

La primera vez que una persona, en este caso un policía, me contó que mató a otra fue cuando yo mismo empuñaba un arma. Hablar de matar, de “enfrentarse”, de “tirarse”, de “abatir” había sido un tema tabú que hasta ese momento no había encontrado la forma de transgredir, pero descubrí que el inconveniente era mi incapacidad de preguntar por eso, más que un tema de difícil acceso: no tenía que ver con las características de la institución ni con un particular celo o secreto sobre el tema sino con las estrategias de acceso al mismo. En las siguientes ocasiones alcanzó con preguntar sobre distintas situaciones de la vida profesional para escuchar relatos de enfrentamientos y “abatidos”. La muerte es un tema presente en la formación, la legislación, en las capacitaciones, en transformaciones curriculares, sólo debía aprender a preguntar sobre eso.

Saber preguntar era la principal dificultad del acceso y no una característica

del tema en sí. Aprender a disparar de la mano de un policía que me iniciaba en cómo sostener enfrentamientos armados habilitó un vínculo de confianza donde otros temas surgieron no solo con él sino con otros informantes. La primera “clase” de tiro lo dejó al descubierto. Me permitió experimentar en carne propia cierta forma de afectación, similar o no a lo que sus miembros viven cuando se encuentran con un arma por primera vez. Aún desde otro marco referencial, sin estar siendo evaluado ni en una posición dentro de la estructura jerárquica, situar el saber y aprender el uso de armas de fuego es una situación reveladora sobre lo que allí se vive y siente.

En una nota de campo Mariana Sirimarco habla de su primera experiencia en un polígono policial como una situación inesperada: “¿Qué hacía yo empuñando un arma de verdad cargada con balas de verdad?”, se pregunta, a la vez que agradece haber malogrado sus primeros disparos. Dos antropólogos se encuentran, en momentos distintos, frente a una situación similar: ser invitados a tirarle, en polígonos policiales, a una silueta que dibuja una persona, una de ellos agradece haber errado los disparos pensando en lo traumático de ver un disparo “propio” dentro de una silueta humana. El otro, vaya a saber uno debido a qué sesgo competitivo adjudicado a esa situación, vivida como eso, una competencia o un reto, sólo deseaba tener puntería. Su importancia como apertura de temas, confianza e información y su poder de develación cobraría valor después, pero poco tuvo de estrategia premeditada, en esa instancia era un desafío como cualquier otro. Como en el caso de la etnografía de Favret Saada:

“Sólo cuando la antropóloga se mostró “afectada” por las mismas fuerzas que sacudían a los habitantes del Bocage, cuando accedió a ser tratada como una eventual víctima de la brujería, éstos comenzaron a compartir con ella informaciones referidas a su campo de estudio. “Ser afectado”: así denominó la autora a la metodología que debió desarrollar para lograr comunicarse con los sujetos indagados. Buena parte de esa comunicación no se realizaba a través de palabras; era aprehensible a través de la transmisión de una carga energética que era leída en el comportamiento y apariencia de los interlocutores. Dejarse impactar por el mundo que habitaban los sujetos estudiados, posibilitaba a la antropóloga el acceso a una vida hasta entonces denegada” (Zapata y Genovesi, 2013)

Algo emergió de esa experiencia al sentirse sostenido y contenido por aquel que iría a enseñarme, quien indica de qué manera y en qué posición se establecería la comunicación, por ese alguien, ahora presente pero invisible que habla sin ser visto guiando todo el proceso. Sería injusto decir que la sesión de tiro sólo sirvió para abrir su confianza y establecer nuevos temas con él y otros informantes porque antes la confianza fue mía. Confiar en quien te inicia, entregarle la potestad de ser quien sabe, enseña y sostiene la situación, probablemente permitió que su propia confianza apareciera como “contra-don” de la mía.

Esta dimensión del trabajo de campo y la confianza asociada a esta no existían, sí aquellas relaciones, instituciones o personas que forman parte del referente empírico de toda investigación. Pero en esta ocasión la propuesta fue preguntarnos qué de lo hecho implicó la posibilidad de derribar un obstáculo; mostrando que, si el campo es aquello a lo que efectivamente se accede, también es significativo conocer cómo y en cuáles circunstancias ese acceso se produce.

BIBLIOGRAFÍA

Briggs, C. L. (1986). *Learning how to ask: A sociolinguistic appraisal of the role of the interview in social science research* (No. 1). Cambridge University Press.

Calandrón, S. (2014). *Género y sexualidad en la Policía Bonaerense*. Universidad Nacional de General San Martín.

Durão, S. (2016). *Esquadra de polícia*. Fundacao Francisco Manuel dos Santos. Lisboa

Fassin, D (2016) "La fuerza del orden: una etnografía del accionar policial en las periferias urbanas" Siglo XXI editores, Buenos Aires.

Firth, R. [1967] (1989) "Introduction" En: Malinowski, B. *A Diary in the Strict Sense of the Term*; Pref. by Valetta Malinowska; Introd. by Raymond Firth; Tr. by Norbert Guterman; Index of Terms by Mario Bick. Routledge & K. Paul.

Frederic, S. (2000). "De reunión en reunión": la observación participante en el conocimiento etnográfico de procesos políticos' urbanos'. *Horizontes Antropológicos*, 6 (13): 195-216.

Frederic, S. (2008). *Los usos de la fuerza: debates sobre militares y policías en las ciencias sociales de la democracia*. Los Polvorines: Universidad Nacional de General Sarmiento; Biblioteca Nacional.

Galvani, M. (2016). *Cómo se construye un policía: la Federal desde adentro*. Siglo Veintiuno Editores.

Guber, R. (2001). *La etnografía. Método, campo y reflexividad*. Buenos Aires: Norma.

Hathazy, P. (2010). *Los caminos de la opacidad: accesibilidad y resistencia en el estudio de las organizaciones policiales como obstáculo y dato*. Mariana Sirimarcó (comp.), *Estudiar la Policía: La Mirada de las Ciencias Sociales sobre la Institución Policial*. Buenos Aires, Editorial Teseo, 139-177.

Lorenz, M. (2017) *La policía como objeto de estudio: Entrevista con Didier Fassin*. Nueva Sociedad, no 268, p. 23.

Malinowski, B. [1922] (1995) *Los Argonautas del Pacífico Occidental: un estudio sobre el comercio y aventura entre indígenas de los archipiélagos de Nueva Guinea melanésica*. Barcelona, Ed. Península.

Merton, R. K. (1947). *Selected problems of field work in the planned community*. *American Sociological Review*, 12(3), 304-312.

Sirimarcó, M. (2010). *Estudiar la policía. La mirada de las ciencias sociales sobre la institución policial*. Buenos Aires: Teseo.

Saín, M. (2008). *El Leviatán Azul: policía y política en la Argentina*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores.

Sozzo, M. (2002). "Usos de la violencia y construcción de la actividad policial en la Argentina" En: Gayol, Sandra y Kessler, Gabriel. (Comps.). *Violencias, delitos y justicia en la Argentina*, Buenos Aires: Manantial, pp. 225-258.

Zapata, L. y Genovesi, M. (2013). "Jeanne Favret- Saada: ser afectado" como medio de conocimiento en el trabajo de campo antropológico". En: *Avá* [online]. N.23.

Zenobi, D. (2010). "O antropólogo como 'espião'. Das acusações públicas à construção das perspectivas nativas". *Mana*, 16: 471 - 499.